

I

Pobre de mí,
pobre de ti, que lees.
Picoteador de versos
que me bajan
al alma,
que estás, Lázaro en llagas
a la puerta,
llamando — fiesta
fiesta —
a lo que llamo Noche
sin poderlo
y sin nada.

II

Lo que aprendí
me inhibe.
Tercó el ayer
se sienta en la casa vacía,
cubriéndola de nubes.
No me enfurezco,
el fuego se queda entre
los fósforos
y voy con él de noche
en los bolsillos.
Y para qué

su para qué, si nunca
incendiaré mis manos
para incendiar
la noche
que me pisa.

Tanto inútil vestido
para un muerto
bajo altísimas hostias.

III

MIS HERMANOS

Son iguales que yo,
pero más anchos,
llenos de calma azul
que les da el barro.

Son atareados como primavera
unidos y sincrónicos
debajo
de las tetas del mundo.

Son el comienzo de la madrugada
tocada en el perfil
por lo que muere,
más libre y más liviana que las rosas.
Son los que van y vuelven
los que caen
y una mano violenta los sostiene
y no me miran
cobardemente inmóvil
contemplando algo fijo.

IV

Si acariciarte fuera
una tregua
un silencio.

Pero son los abuelos
la estirpe, los que llegan
de lejos
y poseen tu cuerpo.

Son los muertos furiosos
los vencidos,
los muertos no cumplidos
en la tierra
que llegan a robarte la carne
para tanta semilla
para tanto desierto.